

ULALUME GONZALEZ DE LEON

TRES NOTICIAS DE LA JARRA AZUL

I

DE MIS APUNTES PARA UN PROLOGO A LA JARRA

Como el cuerpo y el alma, como el día y la noche, la memoria y el olvido son los hemisferios de una sola cosa. Las alegrías del alma se propagan al cuerpo como un incendio, y de sus incendios el cuerpo hace más alma. La tinta de la noche se hace humo que se hace luz que se hace humo que se hace tinta. ¿Dónde está el nudo que ata cuerpo y alma? ¿Cómo recortar un día o una noche sin derramamientos de rojos? ¿Cómo recortar un recuerdo sin romperle sus raíces en el tiempo? ¿Dónde acaba la memoria y empieza el olvido? Aquel nudo, esas raíces, esta frontera, ¿no son auroras o crepúsculos?

El olvido es la noche de la memoria —inseparable de su día, como lo descubrimos al recordar.

En nuestra lengua, los usos de *recordar* y de *acordarse* son confusos, de hecho intercambiables; no se da en ella, como por ejemplo en el inglés o en el francés, lo que el *Corominas* llama "la delicada distinción sinonímica del latín" entre recordar naturalmente, *neminisse*, y recordar con esfuerzo, *recordari* o *reminisce*. Pero aunque podamos acoger sin interrogarlo al recuerdo que llega por su cuenta, sabemos que de observarlo mejor veríamos a su punta de tiempo vivido hundirse en la noche. A veces, con algún esfuerzo, logramos ampliar el campo de visión. No siempre. Hay recuerdos que nos entregan, simultáneamente a su parte diurna de punta crepuscular, el sentimiento de su parte nocturna: esa certidumbre de una pérdida que nos desazona por innombrable. El regreso, *nostos* de un recuerdo cuya incompletud produce dolor, *algos*, se llama *nostalgia*. Pero si seguimos esforzándonos en recordar para combatir a la nostalgia, se pone a hablar entonces la noche de la memoria, la llamada olvido, su mejor parte. La memoria urde un recuerdo entero. La memoria inventa. Su noche se revela, como la de Lope, "fabricadora de embelecós, / loca, imaginativa, quimerista"... "poeta".

Así, el "narrador" de mi libro, al tratar de recobrar un recuerdo del que sólo tiene algunos indicios —y que yo le propongo como el de una jarra azul para que disponga de una imagen imantadora de imágenes—, pide lo que llamo en algún poema "préstamos al olvido". Desde la noche de su memoria, inventa cuentos y sueños de su jarra, imagina "finales" posibles a su aventura de recordar, y reflexiona sobre las diferentes estrategias adoptadas para convocar a la "jarra entera".

• • •

(En el primero de los poemas que siguen, la táctica de mi "narrador" es el abandono propio de los sueños: renuncia a interrogar a una alegría, que podría ser una señal de su jarra, para no cobibirla. En el segundo poema, imagina uno de los "finales" posibles del libro: que a fuerza de pensar tantos azules, la jarra acaba por convertirse en la suma —sin forma ni fecha— de sus cambios)

II

SEÑAL POSIBLE DE LA JARRA

De nada y silencio hilada,
una incipiente alegría
llega a mi melancolía
desde su causa ignorada:

crecerá si alrededor
una confianza le presta
un abandono de fiesta
y un suelo de sólo amor;

si no pregunto; si atento
bailo de su melopea
cada músico latido;

si cambio el sé por el siento;
si le doy, para que sea,
la libertad del olvido.

III

FINAL 4

De azules, se hacen pájaros los años:
un vuelo, un tiempo entero donde aflora
tu natal geografía voladora,
el mapa de un temblor sin aledaños.

Pierden los años fechas y países
equivocados en que urdió mi empeño
cárceles momentáneas a tu sueño,
y alas escribo si escribí raíces.

Te escribo, jarra, innumerable y una:
por color un feliz azul-de-viaje
y por paisaje cambios de paisaje;
y en todas mis edades y ninguna

escribo en sólo viento, hija del viento,
el acta de tu eterno nacimiento.